

insoportable, que sus habitantes cristianos no son ni cristianos ni religiosos ni limpios. Nietzsche ama el Oriente—¡Ah! la gran patria!—porque su fe es pura y su modo de vivir bello y modesto. La edad de oro de la fe europea, la Edad Media, fué una época de brutalidad, de suciedad y de terror. Entonces «se engordaba con remordimientos», se cerraban los baños y la piedad desaseada hacía nacer pestes vengadoras.

Entre las numerosas arrogancias del autor de *El Antecristo*, figuran aquellas en que explica «por qué es él tan juicioso» y «por qué escribe tan hermosos libros».

En *Ecce Homo*, se muestra insolente, grandiosamente, ante los ojos asombrados de la plebe, y nos habla de sus ideas íntimas á varios respectos, religioso, moral, privado.

Se llena de indignación al ver proponer ciertas cuestiones irresolubles é inaccesibles, tal es la masa de prejuicios en que están embrolladas. Oigámosle:

«Dios es un asunto del tamaño del puño; es una falta de delicadeza cometida por los otros pensadores...» Lo que interesa á la humanidad, lo que asegura su salvación, mejor que las discusiones teológicas, es la cuestión de... *la alimentación*...

Dice Nietzsche que hasta la edad madura él se alimentó mal y le echa la culpa á la cocina alemana. ¡Qué de faltas de sentido fisiológico pesan sobre su conciencia! La sopa antes que los otros platos, la carne, etc. Y, en fin, la necesidad de beber después de las comidas. Esto explica el origen del espíritu alemán, «que proviene de los intestinos enfermos... El espíritu alemán es una indigestión...!» «Todas las ideas preconcebidas vienen de los intestinos».

Nietzsche no tomaba alcohol. En Munich, centro artístico y literario, en donde se bebe hasta reventar, Nietzsche tronaba contra el alcoholismo. «Un vaso de alcohol basta para que la vida se transforme en un valle de lágrimas».

Él aplica el «conócete á ti mismo» socrático, á su propio estómago, cuyas dimensiones verdaderas y resistencia íntima quiere conocer ante todo. Nada de café que excite. Nada de sedentarismo. Los músculos necesitan ejercicio, como el corazón latir y los ojos ver...

La cuestión de clima es para él de igual importancia á la de nutrición. Á nadie es lícito vivir impunemente en un lugar cualquiera. Las grandes ciudades, París, Florencia, Jerusalén, Atenas, lo son gracias á alguna particularidad física que favorece la vida.

A la elección de los alimentos y del clima, conviene juntar la del modo de distraerse razonablemente. La lectura es el ideal. Ella nos hace pasearnos entre inteligencias lejanas, nos hace viajar á través de la ciencia y del arte. Pero es indispensable permanecer igual á uno mismo. La lectura no debe conducirnos á la destrucción de nuestra propia personalidad. Que nuestras mentes, para engendrar las ideas, «no sean semejantes á los fósforos, que necesitan ser frotados para producir luz».

(V. Díaz Pérez, *Nietzsche et l'hygiène moderne*, junio de 1911).

**Sigue la batalla.**—En plena ebullición continúan las discusiones acerca del clasicismo en la segunda enseñanza. Dos cosas notará el observador imparcial: 1ª Los buenos pensadores, casi unánimemente, acuerdan hoy á la segunda enseñanza propiamente dicha una importancia capital. 2ª Las filas de los clasicistas aumentan día á día.

LENGUAS Y MATEMÁTICAS, esta es la divisa. Esta divisa puede resumirse en una sola palabra: ENTENDÁMONOS! Investigadores, vates, trabajadores de todas suertes, entendámonos, cuidémonos de los medios de expresión. El descubrimiento de la verdad, la adivinación de la belleza, de poco ó nada sirven si no pueden darse á conocer. *Saber hacer* es útil, pero *hacer saber* importa más. Un lenguaje preciso y correcto es el instrumento por excelencia de toda cultura. Estamos escribiendo, pero más valdría no hacerlo si, por culpa nuestra ó vuestra, estas